

Misión Joven

Revista de Pastoral Juvenil



Separata

MJ 480-481 (Enero-Febrero 2017)

estudios

Páginas 51-60

Testigo y no maestro.
El acompañante

SANTIAGO GARCÍA MOURELO

Testigo y no maestro. El acompañante

SANTIAGO GARCÍA MOURELO, SDB

Profesor en la Universidad Pontificia Comillas.

Coordinador General de Pastoral y Director del Centro Juvenil en la Casa salesiana de Atocha (Madrid).

Miembro del Consejo de redacción de *Misión Joven*.

Síntesis del artículo

El autor describe el carisma espiritual y eclesial del ministerio del acompañante en los procesos de acompañamiento espiritual, así como las condiciones y etapas necesarias para que desarrolle bien su tarea.

#PALABRAS CLAVE: Acompañamiento, acompañante, testigo, vida en el Espíritu.

Abstract

The author describes the spiritual and ecclesial charism and ministry of the accompanist in the processes of spiritual accompaniment, as well as the necessary conditions and stages in order that he develops well his task.

#KEYWORDS: Accompaniment, accompanist, witness, life in the Spirit.

Cuando se escribe son inevitables dos presupuestos. Uno es el lector implícito: aquella persona que el escritor «tiene delante», a quien él se imagina que le está leyendo. Otro, es que uno no solo escribe sobre un tema, sino que «se escribe», relata, más allá de los contenidos, su propia vivencia.

Pues bien, a la hora de iniciar estas líneas tengo delante a quien está interesado en este tema, bien porque está dando —o va a dar—, los primeros pasos en el acompañamiento espiritual, o bien porque lleva tiempo caminando por este sendero y ve necesario recordar las cosas esenciales de este ministerio. Por

otra parte, lejos de escribir una autobiografía, me resulta inevitable no plasmar mis descubrimientos, nada extraordinarios, por otra parte, pero sí propios; adquiridos por el inexcusable aprendizaje de la experiencia. Para elaboraciones más sistemáticas dejo al final de estas líneas unas referencias bibliográficas que pueden servir de ayuda para profundizar.

1 El carisma del acompañamiento

Fue hace casi veinte años, en mayo de 1997, cuando se publicó el documento *Nuevas voca-*



ciones para la nueva Europa (NVNE)¹. En él aparece, por primera vez en un documento magisterial, el acompañamiento calificado como ministerio (NVNE 34). Pese a ser una realidad permanente en la historia de la Iglesia e incluso pudiendo rastrearla en toda la Escritura —como hemos observado en los estudios precedentes de este número de *Misión Joven*—, lo cierto es que nunca antes había recibido este calificativo. Cuestión que amplifica y profundiza su misma realidad, pues los ministerios son fruto del Espíritu, son carismas.

1.1 «Le pediré al Padre que os dé otro Paráclito» (Jn 14,16). Un carisma teológico

Desde una teología de los carismas, el Espíritu, desde siempre, ha enriquecido a su Iglesia con una serie de dones para su mismo desarrollo. Así, cada bautizado es partícipe de la misma vida de Cristo en pluralidad de formas, según el Espíritu le da a entender. Por eso, es tarea de cada cristiano discernir su ministerio dentro de la Iglesia y ponerse al servicio de su particular llamada.

Así es como el Espíritu sigue presente y dinamizando a la misma Iglesia. Por ello, la Iglesia, cuando es fiel a sus inspiraciones, actúa como un sacramento de Dios, y puede llamarse Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu, siempre mediada por la realidad limitada de sus miembros.

Esta condensación teológica quiere expresar que el ministerio del acompañamiento es un carisma, un don, un servicio vocacionado. Lo que implica que no todos tienen que desempeñarlo. Esta es una primera llamada de atención

¹ **Obra Pontificia para las Vocaciones Eclesiásticas**, *Nuevas vocaciones para una nueva Europa*. Documento final del Congreso europeo sobre las vocaciones al sacerdocio y a la Vida Consagrada en Europa, Roma, 5-10 mayo de 1997. Preparado por las Congregaciones para la Educación Católica para las Iglesias Orientales, para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica.

sobre la realidad que se está dando en la Iglesia actualmente. En diversas iniciativas eclesiales se desarrollan cursos sobre acompañamiento. Incluso se señala como una estrategia clave para la acción pastoral. Pero situadas desde aquí las cosas, hay que mantener que no todo el mundo, pese a ejercer ministerios o cargos pastorales, puede o debe ejercer el acompañamiento espiritual o pastoral. Si bien es cierto que todos deben tener conocimiento de él y ser sensibles a su presencia dentro de cada comunidad, no cualquiera puede y debe hacerlo, pues no todos hemos recibido los mismos carismas y, por lo tanto, no debemos —podemos—, ejercer los mismos servicios.

Todo agente de pastoral no debe perder nunca esta referencia teológica básica. Pues si no puede caerse en diversos peligros: asumir tareas para las que uno no está llamado —pese a ser coordinador de pastoral, animador o, incluso, sacerdote o consagrado—, anular la presencia de la diversidad de ministerios en una comunidad o desvirtuarlo en otras prácticas muy buenas, pero que nada tienen que ver con ello: *coaching*, *counselling*, orientación profesional, atención psicológica, etc.

Por ello podemos decir que todo acompañante es, primero y fundamentalmente, un creyente que desarrolla su participación en la Iglesia acogiendo ese particular carisma, su vocación. Cuestión que implica recorrido en la fe, discernimiento y respuesta vocacional. Todo lo demás, son asunción de técnicas o funciones sin principio, ni fundamento, ni finalidad específica.

1.2 «Id, pues, y haced discípulos» (Mt 28,19). Un carisma eclesial

Desde lo dicho, el ministerio del acompañamiento, como cualquier carisma, participa de la misión de la Iglesia recibida de Jesús: «Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado» (Mt 28,19-20a). Es

decir, tiene una clara finalidad evangelizadora o pastoral —bien se desarrolle en contextos de primera evangelización, mistagógicos, o de cuidado de la comunidad cristiana—.

El acompañante, por tanto, es miembro de una comunidad eclesial y la meta de su ministerio es conducir hacia el discipulado de Jesús, hacia la vida en el Espíritu, hacia la santidad del Padre. Bien es cierto que, siempre e inexcusablemente, habrá que partir de la realidad del acompañado y de sus preocupaciones, al ritmo que el otro lleve y por los caminos que solo Dios sabe, pero el horizonte de su tarea, si no quiere convertirse en otras cosas, debe tenerlo siempre presente.

De ahí se hace necesaria una vivencia, por parte del acompañante, madura en la fe y estable en la comunidad; así como la adquisición de la sabiduría propia de la Iglesia. Esta se encuentra cifrada en una larga tradición que, más que desplegar una serie de técnicas o itinerarios espirituales, ha sabido descubrir la pedagogía divina en las insinuaciones del Espíritu que atraen y conducen hacia Dios.

El acompañante es pues un testigo. Alguien que ha recibido algo que atestar o testimoniar. No es un francotirador espiritual que remite a las personas a su propio bienestar. Es alguien que ha hecho un camino, previa y personalmente, aunque siga, él mismo, en proceso. Es alguien que ha hecho propio aquello que transmite y que sabe transmitirlo con una pedagogía de carácter sapiencial, más que instrumental, con una honda psicología propia de los maestros del espíritu. Podríamos decir que es un ministro de la misma pedagogía divina.

1.3 «Pero llevamos este tesoro en vasijas de barro» (2Cor 4,7). La fragilidad del acompañante

Lo dicho hasta ahora, puede parecer descartado y excesivamente teórico, pero lo cierto

es que son dos referencias básicas que, lejos de toda teoría, se basan en la experiencia concreta de todo creyente. Sentirse querido, llamado por Dios y convocado a una comunión con él, junto a otros tantos llamados, que formamos la Iglesia; teniendo, dentro de dicha comunidad, una misión particular.

Pero no conviene olvidar que esta realidad teológica es maravillosamente conjugada en una realidad personal —la del acompañante—, donde se entrelazan la acción del Espíritu y la realidad de cada uno, con sus fragilidades y mediocridades.

El acompañante —como todo creyente, como toda persona—, está sujeto a las condiciones de la existencia. Condiciones de ambigüedad, de ambivalencia, de fracasos, fracturas y límites. No es un ser por encima de cualquiera, sino un caminante que lleva consigo las heridas de un largo y nada sencillo camino. Cuestión que no hay que obviar y que se puede convertir en una oportunidad para acompañar mejor.

La conciencia de los propios límites y de la propia biografía fracturada, hecha en ocasiones de remiendos, no es un impedimento para el acompañamiento; siempre que esté integrado en una personalidad madura. Todo lo contrario. Es el suelo real de la existencia donde descubrir la acción de Dios. Precisamente, por saberse frágil y agraciado a la vez, el acompañante es experto en humanidad y en cómo Dios sana y salva. Por eso puede llegar a decir aquello que Pablo nos dejó en 2Cor 12,10: «cuando soy débil, entonces soy fuerte». Pasar por esta experiencia es la garantía de que la relación con el acompañado esté envuelta de acogida, comprensión, fortaleza y esperanza.

Lejos de todo moralismo, permisividad o sentimiento de lástima, el acompañante que ha padecido la fragilidad sabe cómo ayudar

al acompañado a integrar, a asumir o a superar —esto en el menor de los casos—, sus fracasos y frustraciones, sus rupturas o malos momentos.

2 El ministerio del acompañante

Los tres puntos que he señalado antes creo que son constitutivos, identitarios, de todo acompañante. A partir de ellos y con ellos, siempre en el trasfondo de su tarea el acompañante debe llevar a término este particular encargo del Espíritu de acompañar el camino de la vida de sus acompañados, hacia la consecución de una vida más feliz y plena. Hacia la santidad.

Este objetivo universal para todo cristiano pasa, a mi entender, por seis estancias. Seis modos concretos de realización de su ministerio.

2.1 Acoger

El acompañante, como cristiano maduro, sabe que hay muchas cosas en la vida que no se eligen. La vida del cristiano es acogida de la realidad, de las personas, del querer de Dios en todas ellas. A lo sumo, el ámbito de elección se reduce a cómo acogemos, cómo vivimos, aquello que nos viene: el grado de apertura, de aceptación, de generosidad, de compromiso, etc., eso sí es elección nuestra.

En el acompañamiento, es similar. Uno no elige a sus acompañados. Es elegido por ellos. Conviene subrayar esto, pues no son escasas las situaciones y las personas que, con esta moda del acompañamiento, se exhiben, se muestran; casi, podríamos decir, que se venden para acompañar. Cuestión que denota unas motivaciones y unos fines que poco tienen que ver con los de este ministerio. Son personas de cualquier edad —¡hasta de sesenta años!—, que manifiestan grandes carencias afectivas o frustraciones en otros ámbitos de su vida que, bajo capa de bien —rememoran-

do las reglas de discernimiento de la segunda semana de los *Ejercicios* de S. Ignacio—, como si se tratase del «ángel de luz», disfrazan motivaciones inadecuadas o insuficientes, detrás de algo bueno y necesario.

El acompañante, por tanto, es alguien abierto, disponible y dispuesto a acompañar a quien sea, venga quien le venga —eso sí, con responsabilidad y consciencia de sus límites—. Da igual si son bellas personas —los niños y niñas «buenos», o aquellos que «apuntan maneras»—, o personas con historias complejas, psicologías complicadas o «niveles» de reflexión muy escasos.

Acogida incondicional —de la persona y de lo que diga—, disponibilidad permanente —en tiempos y aunque los ritmos del otro no nos convenzan—, apertura sincera —sin moralismos ni monsergas—. Son cuestiones básicas para hacer camino junto a otros.

2.2 Orar

Si el acompañante, en su ministerio, no deja de ser una mediación del Espíritu, es evidente este paso en el acompañamiento. La oración es siempre una acción del Espíritu en nosotros. Intimar con él, frecuentar su relación es la condición *sine qua non*, para una serie de implicaciones importantes en el acompañamiento:

- *La misma vida cristiana del acompañante.* A no ser, claro está, que quiera convertirse en un funcionario que aplica técnicas e itinerarios, y que transmita conceptos y normas morales, pero sin una relación que motive todo ello. La oración es el indispensable y familiar «tú a tú» con el que ha iniciado su camino como acompañante y que lo sostiene en esa misma tarea y en el resto de realizaciones de su vida cristiana.
- *El aprendizaje de la gramática del Espíritu.* El acompañante, sin tener que ser un santo, tiene cierta maestría del Espíritu. Sabe, por-

que así lo ha vivido, cómo se insinúa; cómo actúa en la vida de las personas, tanto en su intelecto y en su corazón, como en lo que le rodea; percibe cómo solemos pretender engañarle y cómo restablecer una vida desde él; sabe cómo discernir sus atracciones y aquellas que vienen de nosotros.

- *La presencia consciente del verdadero acompañante en la relación.* Consciente de su función ministerial, el acompañante está al servicio del acompañado y, fundamentalmente, del verdadero acompañante: el Espíritu. Antes y después de cada encuentro, el acompañante debe agradecer, pedir, reenfocar las cosas, desde quien le ha encomendado la tarea. Pero también en el mismo encuentro de acompañamiento, donde acontece el Espíritu, más que en lo que se dice, en cómo se expresa y en los silencios.

2.3 Contemplar

El último punto descrito nos habla de una tercera estancia que habitar en el acompañamiento: la contemplación. Para ella es indispensable el silencio y la concentración. De ahí que no todos los lugares resulten válidos para acompañar. Con todo, lo exterior no es siempre lo que tiene más ruido, sino el interior del mismo acompañante. Este es el primer lugar que acallar. Un acompañante no puede suceder en su agenda a los acompañados como si se tratase del médico de familia. Así como no puede salir de una tarea y encontrarse, después del acompañamiento, con otra que le absorba su atención y focalice sus preocupaciones.

Una vez dadas esas condiciones, el acompañante es un rastreador del Espíritu en el otro y sabe mirar con perspectiva —como indica Sta. Teresa—, qué morada habita el acompañado o —siguiendo a S. Ignacio—, en qué semana se encuentra el ejercitante. Cuando esto sucede, es cuando el acompañante debe irradiar, como un espejo que

refleja lo contemplado, bien la realidad del acompañado, bien la insinuación de Espíritu. En estos precisos y escasos momentos es cuando el acompañante lleva a término una de sus funciones: mostrar, reflejar, indicar, apartándose él mismo, en cuanto sujeto lleno de conocimientos y destrezas, y ser mero instrumento de Dios que ensancha horizontes y revela situaciones.

2.4 *Sanar*

El acompañamiento suele ser uno de los ámbitos donde el creyente toma conciencia de su biografía, no exenta de heridas mal cerradas o de cicatrices que se ocultan. De igual manera, de situaciones presentes dominadas por el egoísmo o por bloqueos, bien fruto de su historia o por acuerdos tácitos con su propia mediocridad.

Es fundamental que el acompañante ayude a dar nombre, a identificar, esas cuestiones, así como a asumirlas en la propia historia, como constitutivas de la propia identidad, y a que el acompañado esté reconciliado con ellas, ante los demás —si fuera el caso—, ante Dios y, lo más costoso, ante él mismo. Más que unguento sanador —que sería la misericordia de Dios—, el acompañante asumiría el papel de sanador, bien aplicando el unguento, bien indicando cómo debe aplicárselo el mismo acompañado.

Aquí se abre una puerta a la celebración de la reconciliación que, en no pocas ocasiones, es lo que muchos acompañados necesitan. En este sentido, el acompañante deberá indicarlo, sin tratar de sustituir la celebración de dicho sacramento por el mismo encuentro de acompañamiento. En el caso de que el ministerio del acompañamiento lo realizase un sacerdote, bien pudiera celebrarlo él mismo —según disponga el acompañado—; pero, eso sí, distinguiendo los momentos, quizá tanto en el día como en el lugar.

2.5 *Facilitar*

Una última estancia, nada pequeña y llena de muchos detalles, es la tarea de facilitar al acompañado que haga su camino. El camino no se hace solo, de ahí la existencia del acompañante; pero nadie puede hacer el camino, con todo lo que conlleva, por otro.

Antes de indicar algunos espacios de la estancia, quisiera detenerme en dos aspectos muy sencillos que, según lo vivido, conviene tener presente. Uno, es cuando el acompañante confunde la tarea de «facilitar» con la tarea de «suplantar». Suplantamos cuando queremos ahorrar esfuerzos, cuando envolvemos en algodones al acompañado, cuando nuestras actitudes, más que expresión de una paternidad/maternidad espiritual, son paternalistas. Otro, es cuando olvidamos que debemos facilitar que el acompañado encuentre y haga su camino e, «inconscientemente», le llevamos hacia el camino que nosotros creemos que es mejor para él. Es decir, cuando más que acompañarle, nos acompaña por donde nosotros sabemos ir.

Una vez dicho esto ¿qué debe facilitar el acompañante?

- *El conocimiento de sí.* Independientemente de la edad, siempre estamos haciéndonos, desplegándonos. Es la dinámica de la misma vida que se va desarrollando y nos va revelando aspectos nuevos, insospechados, de nuestra persona. Facilitar el conocimiento de sí es básico en acompañamiento, pues supone tomar conciencia del punto de partida, de la realidad personal que, o bien quiere emprender un camino, o debe pasar por una determinada etapa de su itinerario. Antes hemos hecho referencia a la aceptación de la propia historia, pero no conviene olvidar la realidad presente. Con delicadeza, evitando las proyecciones, valoraciones y moralismos, el acompañante debe ofrecer claves de lectura que ofre-

ce el Evangelio y perspectivas adecuadas con las que asomarse a la propia vida. No es el acompañante el que debe asomarse a la vida del otro—aunque muchas veces el acompañado la muestre—, es el acompañado quien debe aprender a visitarse, a entrar dentro de sí, a saber mirarse y describirse para tomar conciencia de sí.

- *El seguimiento de Jesús.* Convencido de que Jesús nos revela la humanidad perfecta, nuestro ser en plenitud, el acompañante, siguiendo la pedagogía del relato de Emaús (Lc 24), debe ir mostrando cómo la vida de Jesús y su seguimiento puede transformar y llenar la vida del acompañado.

Aquí es donde se inicia una etapa mistagógica en el acompañamiento. No tanto dirigida hacia los enigmas de la propia existencia, cuanto referida al Misterio revelado en la persona de Jesús. Por eso es necesario que el acompañado frecuente los evangelios, se deje interrogar por la propuesta de las bienaventuranzas, interroque a los mismos textos sobre la identidad de Jesús, se identifique con los discípulos: con sus momentos de intimidad con el Maestro, las traiciones, la colaboración en la vida del Reino, sus dudas y sus opciones.

Este punto, especialmente, es el que saca el acompañamiento y el mismo proceso del acompañado de la autorreferencialidad, de un constante mirarse a sí mismo, que puede deslizarse hacia un psicologismo emocional que no revele horizontes mayores y vete la relación personal con Jesús. No suele ser una mala opción, después de los obligados análisis sobre la propia vida, ofrecer textos para que el acompañado haga oración y sea en ese terreno donde personalice su proceso.

- *La acogida de la vocación.* Quizá toda la vida cristiana sea cuestión de discernimiento, de descubrir y elegir el querer de Dios sobre

uno mismo, o sobre lo que nos traemos entre manos. Bien es cierto que en el discernimiento vocacional hay niveles. Quizá en el acompañamiento nos encontremos con momentos donde el acompañado se plantea su forma de vida cristiana, según una vocación específica de la Iglesia, quizá no haya momentos tan delicados y «tan solo» emerjan cuestiones de la vida cotidiana, de las opciones profesionales, del mundo de las relaciones.

Por eso es oportuno ir dotando pedagógicamente al acompañado de las herramientas necesarias para saber discernir con autonomía, no sea que se generen dependencias que infantilizan. Así, será fundamental que en el desarrollo del acompañamiento el acompañado se sitúe con realismo ante su libertad y su ejercicio, que sea consciente de su disposición y disponibilidad hacia aquello que pueda romper sus proyectos personales; así como los pasos donde vaya ejerciendo el indispensable dominio de sí ante valores más altos y evangélicos. Igualmente, que sepa discernir y educar su voluntad cuando tenga ante él opciones que le generen un bienestar inmediato o una felicidad de mayor calado, pese a las renunciaciones.

- *La vida en el Espíritu.* Esta es la vida del bautizado. Aquella que ya poseemos, pero tenemos que ejercitar. Me viene a la memoria aquello de san Agustín: «el que te creó sin ti, no te salvará sin ti»², que nos recuerda la indispensable colaboración con Dios para llevar a término lo que él ha comenzado. En ocasiones se da un estancamiento en la vida cristiana cuando se han alcanzado algunos convencimientos o hitos en la propia vida. Sin embargo, el cristiano siempre está tensionado porque, él mismo y lo que le rodea, nunca acaban de ajustarse a

² S. Agustín, *Sermo 169*, 11 (PL 38, 923).

la realidad definitiva hacia la que se tiende. Por eso, la continua revisión de vida ha de ser un hábito a adquirir. Está siempre el peligro de reclinar la cabeza, de buscar madrigueras cómodas o de mirar hacia atrás (cf. Lc 9,57-62). La vida en el espíritu es aquella que nos hace lanzarnos hacia la misma vida de Dios en la cotidianidad, que conforma nuestros momentos del día y nuestros criterios de decisión, que nos pone en disposición hacia la coherencia de la vida cristiana en el servicio a los demás, la vivencia comunitaria y la adoración confiada.

3 Acompañante por que caminante

Puede resultar una obviedad y, sobre todo, dicha casi al final de estas líneas. ¿Qué quiero decir con ello? Simplemente que el acompañante también está haciendo camino. No sólo con la otra persona, sino él mismo. Así, el acompañante en su mismo ministerio —no previamente—, sigue en proceso y es muy probable que, según el acompañado va dando pasos, descubra que también él tiene que dar-

los. No solo hacia cotas más altas o momentos del sendero más avanzados o complicados, sino también, hacia aquellas mismas cosas que el acompañado realiza.

Para un acompañante su tarea es un recordatorio permanente de su itinerancia. Nunca nadie ha llegado a ningún lugar en el que no tenga que avanzar más. Por eso podríamos traer aquí la expresión del «evangelizador evangelizado». No tanto como requisito previo —que también—, cuanto como una realidad que describe el propio crecimiento del evangelizador por la misma realización de su ministerio. En su mismo ejercicio, el acompañante descubre que, si aquello que propone no lo vive él mismo, no tiene ninguna eficacia en el otro y ningún fundamento real. Esta realidad dinámica, reclamada por la coherencia y la autenticidad, hace que el mismo acompañante necesite, a su vez, de acompañamiento; de espacios y procesos donde ser acogido, donde re-conocerse, donde ser sanado, donde ser iluminado por la Palabra, donde confrontar su discernimiento.

SANTIAGO GARCÍA MOURELO

Epílogo

No quisiera terminar esta reflexión sin recoger las palabras del papa Francisco sobre el acompañamiento. Palabras llenas de sabiduría e intuición que indican la urgencia, la finalidad, los peligros del acompañamiento, así como el perfil del acompañante. Fueron las indicadas en *Evangelii Gaudium* (169-173) como una herramienta para profundizar en el *kerygma*, en el contexto de la labor evangelizadora de la comunidad eclesial¹.

El acompañamiento personal de los procesos de crecimiento

169. En una civilización paradójicamente herida de anonimato y, a la vez obsesionada por los detalles de la vida de los demás, impudorosamente enferma de curiosidad malsana, la Iglesia necesita la mirada cercana para contemplar, conmoverse y detenerse ante el otro cuantas veces sea necesario. En este mundo los ministros ordenados y los demás

¹ Con todo, este tema es una constante en su ministerio, explicitado también en la última Exhortación post-sinodal *Amoris Laetitia* (199-219; 291-312).

agentes pastorales pueden hacer presente la fragancia de la presencia cercana de Jesús y su mirada personal. La Iglesia tendrá que iniciar a sus hermanos —sacerdotes, religiosos y laicos— en este «arte del acompañamiento», para que todos aprendan siempre a quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro (cf. Ex 3,5). Tenemos que darle a nuestro caminar el ritmo sanador de proximidad, con una mirada respetuosa y llena de compasión pero que al mismo tiempo sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana.

170. Aunque suene obvio, el acompañamiento espiritual debe llevar más y más a Dios, en quien podemos alcanzar la verdadera libertad. Algunos se creen libres cuando caminan al margen de Dios, sin advertir que se quedan existencialmente huérfanos, desamparados, sin un hogar donde retornar siempre. Dejan de ser peregrinos y se convierten en errantes, que giran siempre en torno a sí mismos sin llegar a ninguna parte. El acompañamiento sería contraproducente si se convirtiera en una suerte de terapia que fomente este encierro de las personas en su inmanencia y deje de ser una peregrinación con Cristo hacia el Padre.

171. Más que nunca necesitamos de hombres y mujeres que, desde su experiencia de acompañamiento, conozcan los procesos donde campea la prudencia, la capacidad de comprensión, el arte de esperar, la docilidad al Espíritu, para cuidar entre todos a las ovejas que se nos confían de los lobos que intentan disgregar el rebaño. Necesitamos ejercitarnos en el arte de escuchar, que es más que oír. Lo primero, en la comunicación con el otro, es la capacidad del corazón que hace posible la proximidad, sin la cual no existe un verdadero encuentro espiritual. La escucha nos ayuda a encontrar el gesto y la palabra oportuna que nos desinstala de la tranquila condición de espectadores. Sólo a partir de esta escucha respetuosa y compasiva se pueden encontrar los caminos de un genuino crecimiento, despertar el deseo del ideal cristiano, las ansias de responder plenamente al amor de Dios y el anhelo de desarrollar lo mejor que Dios ha sembrado en la propia vida. Pero siempre con la paciencia de quien sabe aquello que enseñaba santo Tomás de Aquino: que alguien puede tener la gracia y la caridad, pero no ejercitar bien alguna de las virtudes «a causa de algunas inclinaciones contrarias» que persisten¹³³. Es decir, la organicidad de las virtudes se da siempre y necesariamente «*in habitu*», aunque los condicionamientos puedan dificultar las *operaciones* de esos hábitos virtuosos. De ahí que haga falta «una pedagogía que lleve a las personas, paso a paso, a la plena asimilación del misterio»¹³⁴. Para llegar a un punto de madurez, es decir, para que las personas sean capaces de decisiones verdaderamente libres y responsables, es preciso dar tiempo, con una inmensa paciencia. Como decía el beato Pedro Fabro: «El tiempo es el mensajero de Dios».

172. El acompañante sabe reconocer que la situación de cada sujeto ante Dios y su vida en gracia es un misterio que nadie puede conocer plenamente desde afuera. El Evangelio nos propone corregir y ayudar a crecer a una persona a partir del reconocimiento de la maldad objetiva de sus acciones (cf. Mt 18,15), pero sin emitir juicios sobre su responsabilidad y su culpabilidad (cf. Mt 7,1; Lc 6,37). De todos modos, un buen acompañante no consiente los fatalismos o la pusilanimidad. Siempre invita a querer curarse, a cargar la camilla, a abrazar la cruz, a dejarlo todo, a salir siempre de nuevo a anunciar el Evangelio. La propia

experiencia de dejarnos acompañar y curar, capaces de expresar con total sinceridad nuestra vida ante quien nos acompaña, nos enseña a ser pacientes y compasivos con los demás y nos capacita para encontrar las maneras de despertar su confianza, su apertura y su disposición para crecer.

173. El auténtico acompañamiento espiritual siempre se inicia y se lleva adelante en el ámbito del servicio a la misión evangelizadora. La relación de Pablo con Timoteo y Tito es ejemplo de este acompañamiento y formación en medio de la acción apostólica. Al mismo tiempo que les confía la misión de quedarse en cada ciudad para «terminar de organizarlo todo» (Tt 1,5; cf. 1Tm 1,3-5), les da criterios para la vida personal y para la acción pastoral. Esto se distingue claramente de todo tipo de acompañamiento intimista, de autorrealización aislada. Los discípulos misioneros acompañan a los discípulos misioneros.

¹³³ *Summa Theologiae* I-II q. 65, art. 3, ad 2: «propter aliquas dispositiones contrarias».

¹³⁴ **Juan Pablo II**, Exhort. ap. postsinodal *Ecclesia in Asia* (6 noviembre 1999), 20: AAS 92 (2000), 481.

BIBLIOGRAFÍA

- **A. Moreno**, *¿Cómo voy a comprender, si nadie me lo explica? Acompañados, acompañantes y compañeros espirituales*, PPC, Madrid 2014.
- **ADSI**, *Guía para el Acompañamiento*, PPC, Madrid 2010.
- **E. Alburquerque**, *El Acompañamiento Espiritual en la Pastoral Juvenil*, Editorial CCS, Madrid 2013.
- **F. Jalics**, *Jesús Maestro de meditación. El Acompañamiento espiritual en el evangelio*, PPC, Madrid 2015.
- **K. Waaijam**, *Espiritualidad. Formas, fundamentos y métodos*, Sígueme, Salamanca 2011.
- **H. J. M. Nouwen**, *Dirección espiritual. Sabiduría para la larga andadura de la fe*, Sal Terrae, Santander 2007.
- **H. Nouwen**, *El sanador herido*, PPC, Madrid 1996.
- **J. Sastre**, *El acompañamiento Espiritual*, San Pablo, Madrid 1993.
- **J.-P. Schaller**, «Dirección espiritual», en J.-Y. Lacoste, *Diccionario crítico de Teología*, Akal, Madrid 2007.
- **L. M. García**, *El libro del discípulo. El Acompañamiento Espiritual*, Mensajero-Sal Terrae, Santander 2011.
- **Secretariado Diocesano para la iniciación cristiana de adultos**, *Acompañar a los catecúmenos*, Editorial CCS, Madrid 2012.
- **T. Merton**, *Dirección espiritual y meditación*, Desclée De Brouwer, Bilbao 2005.
- **W. A. Barry-W. J. Connolly**, *La práctica de la dirección espiritual*, Sal Terrae, Santander 2011.

UNOS MAESTROS QUE NO PUEDEN FALTAR

- **Francisco de Sales**, *Introducción a la vida devota*, BAC, Madrid 2013.
- **Francisco de Sales**, *Tratado del amor de Dios*, BAC, Madrid 1995.
- **Ignacio de Loyola**, *Ejercicios Espirituales*, Sal Terrae, Santander 1987.
- **Juan de la Cruz**, *Llama de amor viva* (Canción 3), Salamanca 2002.
- **Teresa de Jesús**, *Castillo interior: Moradas*, en **Id.**, *Obras completas*, Sígueme, Salamanca 1997.